

MEMORIAS DE LA SELVA

Por

LUIS ENRIQUE ZELA-KOORT ACCINELLI

Se quedó observando al cañón, como si sostuviese al universo en su boca. Como si en esa boca negra se resumieran los besos de su madre y las noches en las que se escapaba con su hermano al río a perseguir luciérnagas. En la orilla de su memoria se repetían los gritos que acababan de estirarse por entre los vidrios rotos, exigiendo ser oídos. De esa forma se armó en su mirada una orquesta de estridentes sonidos, y disparos, y suspiros que, acaparando su respirar, la hacían perderse en esa boca que la observaba. Por momentos tomaba conciencia de que se había olvidado de parpadear, ya cuando sentía un profundo ardor, entonces retomaba el enfoque de lo que la rodeaba con ojos vidriosos. Así, por breves instantes, veía más allá de la boca negra para apreciar las fúnebres manos que la sostenían pero la disonancia de tal objeto solo lograba capturar nuevamente sus pupilas.

Por entre las paredes se escurrían destellos de luz que iluminaban una sala deshecha. La puerta colgaba de una esquina, doblándose contra el piso de tierra. Las sillas estaban tiradas a un lado, con la paja soltándose de los nudos que la mantenían firme. Infiltraba el ambiente una nube de tierra que rehusaba allanarse, ansiosa, esperando. No habían pasado ni treinta segundos. La boca negra del cañón besaba fría su frente. Lograba sentir contra su piel las vibraciones del instrumento, como si estuviese seguro de lo que hace, pero no tanto. Por la estrecha ranura de sus párpados veía detrás de él, el muro verde de afuera. Veía las hojas y las ramas entrelazadas, los troncos que se asomaban y, detrás de esto, un profundo soplo de vida que se extendía de manera imparable. Su mente no dejaba ir el inquietante contraste entre el cañón y todo lo que existía alrededor de él. El orgánico brillo del marrón bajo sus pies, la textura corrugada y dorada de la paja, el manto húmedo de hojas caídas que cubrían las ramas de los árboles. En cambio esto era negro, opaco y metálico. Un tubo liso y largo, que sostenido entre dos firmes manos se extendía perpendicularmente hasta ella. Carecía de vida y lucía artificialmente exótico en comparación a lo que había visto toda su vida, era un objeto foráneo que no lograba comprender.

En su pueblo todo venía de Dios y de la tierra, recolectado por el hombre sin ánimo abusivo para mantenerse a él y a su familia. Todo tenía un porqué y todo era vida. Este objeto no era de Dios, ni de la tierra. Era del hombre. Entonces se preguntó cómo podía el hombre fabricar algo tan siniestro y ajeno a la arcilla en la cual se creó. Concluyó dándose cuenta de que en el mundo natural no existía algo comparable, pues el universo crea para lo que necesita. La cínica reducción del hombre a un objeto del que su vida dependiera caprichosamente no era algo de Dios, ni de la tierra. Era un retorcido deseo humano y que solo el humano podía satisfacer.

Ya había visto desfilar las rojas banderas entre la maraña. No era la primera vez que venían.

—Tú has visto lo que hemos hecho en Lucanamarca —dijo la voz—. Diez rostros indiferentes lo contemplaban como un insecto; se escuchaba el pesado respirar desde afuera de la cabaña.

—¿Se dan cuenta de lo que hacen? —respondió su padre—. Tenía el rostro desfigurado por el miedo. Caía una lluvia espesa, y por las lomas se deslizaba un manto de niebla que cubría las cimas arboladas de las montañas que rodeaban su hogar. Como si, sin poder moverse, ellas también huyesen.

—¿Sabes muy bien que podemos exterminarlos si no cooperan, verdad? —susurró la voz—. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Su madre le había contado lo que ellos hacían, le había advertido que vendrían. Y vinieron.

—Si —respondió su padre—. Había corrido a ver lo que sucedía por una apertura en el muro de la cocina. Estaba firmemente parado, mientras que ellos, rodeándolo, lo juzgaban

detrás de esas caras que parecían humanas. La inseguridad en su voz se había disuelto, como el temor que inundaba su mirada hace pocos minutos.

—Agárralo con fuerza —le dijo su padre—. Había tomado al sajino del cuello. Los hijos de los vecinos se habían reunido a ver cómo mataba al animal.

—Todos ustedes deben saber cómo hacerlo, todos —exclamó—. Matar para sobrevivir no es malo. Matar para sobrevivir es natural. ¿Ven ustedes como el cocodrilo devora a la palometa, o como este sajino se come a las carachamas? —continuó, apaciguando la intensidad de su voz—. Pero nunca se olviden de hacerlo con gentileza y gratitud.

—¿Por qué con gratitud? —preguntó una joven voz.

—Porque matar nunca es bueno. Para nosotros lo es, pero para este animal nuestras necesidades son el fin de su vida. Agradece. Agradece que por su sacrificio podemos comer respondió.

Abrazó al sajino, que aún luchaba por zafarse, y le habló al oído. Hubo un silencio casi instantáneo. Lentamente, los chillidos de la bestia cesaron, y sus patas contorsionadas por la riña se relajaron hasta quedar sueltas. Por breves momentos se sentía como si cada árbol y cada hoja los observaran. Como si la tierra los escuchara, anticipando lo que vendría; tan solo obra de ella misma. Fue ahí donde miró al sajino a los ojos y contempló una paz que jamás había visto antes, entendió que la mayor paz viene de reconciliarse con su destino.

El semblante de su padre no delataba inquietud alguna. Es más, veía en lo profundo de sus pupilas la misma paz que había notado aquella mañana junto al río. Los hombres se marcharon, pero dejaron un olor a muerte que permaneció impregnado en el agua y en el aire. Durante las semanas que vinieron, observó cómo se reunían los jefes alrededor de la fogata todas las noches, pensando qué hacer. De manera cíclica, las discusiones acababan en una amarga resignación. Ellos sabían que su destino estaba escrito, al igual que el de sus descendientes. Pero claro estaba que abrazarían lo inevitable con orgullo. En la sangre que por ellos corría, habían heredado las ambiciones de sus ancestros. Habían heredado los pulcros atardeceres que los bañaban en luz dorada, como pescar a un paiche y como construir una familia. En ellos mismos yacía la tradición de todos los que habían venido antes y, a la vez, el ominoso fin de su gente. Así pues, aquel día, en la cocina de María, se escuchó el grito de las venas vociferando en contra del metal rebelde que las amenazaba. Un enfrentamiento que cuestionaba los fundamentos de su identidad y el mundo que sobre ella habían construido; un mundo alineado con las estaciones y con el cantar de las aves. Un mundo de paz, al cual no iban a renunciar sin importar el costo.

Lomas verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que acaricia las ramas más altas de la selva, el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor a vida y el olor del pan. Un pueblo que huele a miel derramada.

—¿Qué esperas para jalar el gatillo?

Lejos de allí el cielo era todavía azul. Las nubes eran pocas, esparcidas como polvo. El aire venía de más allá, pero aquí abajo se convertía en calor.

—Este pueblo está lleno de ecos.

—¿Vas a jalar el gatillo? —ladró una voz gruesa. No podía apartar su mirada de los ojos negros de la niña. Estaba inmóvil, sentada con las piernas cruzadas y el pelo desarreglado.

Esa noche el pueblo tembló con el reventar de los rifles. Llegaba a todas partes el sonido de su marcha, y las botas rechinando contra los vidrios rotos. La gente se despertaba, para volverse a dormir besada de pólvora. Empezó a tronar el cielo. A caer la lluvia.

—Es la última, no entiendo qué pasa volvió a ladrar. Ellos se lo buscaron, nosotros les dimos el chance. Ya has hecho esto antes.

Tenía el arma entre las manos apoyada contra su frente, sus manos temblaban pero sabía lo que debía hacer. Recordó cuando ellos fueron a su pueblo, cuando aún era un niño, cuando sin poder decir nada lo alejaron de todo lo que conocía. Recordó la primera vez que disparó contra alguien, y cómo la segunda y tercera vez se hicieron más fáciles. Eventual-

mente cada muerte se volvió un número. Ellos habían preferido una vida con miedo que fallecer con sus principios. Vio en los ojos de María un reflejo de lo que pudo haber sido él. Volteó la cabeza para contemplar el cadáver de la madre y vio lo que pudo ser la suya. Ella no entendía por qué no disparaba. No había hesitado en arremeter contra su madre, o su padre, o todos los demás. Cerró los ojos y decidió no pensar en lo que hacía. Cada vez que lo hacía, le daban náuseas y recordaba que el olor que lo perseguía era el de la sangre seca en su uniforme.

—Este pueblo está lleno de ecos.

—¡Dispara!

Disparó.